

Juan Ramón de la Fuente habla en Guatemala

LA UNIVERSIDAD PÚBLICA Y LOS DEBERES DEL ESPÍRITU

Entrevista con el Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México
J.L. Perdomo Orellana



En 1923, en Guatemala, José Vasconcelos y Antonio Caso, mexicanos ilustres e insustituibles fueron designados por la Universidad de San Carlos para recibir los primeros doctorados honoris causa que registra la historia académica guatemalteca. Vasconcelos, Caso y Juan Ramón de la Fuente coinciden ahora en la misma esquina del mundo, cuando la Universidad de San Carlos entrega el título de doctor honoris causa al doctor De la Fuente. Estos fueron algunos de los puntos de vista que dio al periódico Universidad de Guatemala poco antes de recibir el doctorado honoris causa que, por quinta ocasión en ocho décadas, la Universidad de San Carlos entrega a un mexicano ilustre.

Hace ochenta años, José Vasconcelos y Antonio Caso recibieron el mismo doctorado que usted recibe hoy en la Universidad de San Carlos. ¿Qué le evocan estos nombres y que le dice el reunirse hoy con ellos, en Guatemala, a través de esta distinción?

Es una de las distinciones mas significativas que la vida me ha dado la oportunidad de recibir. Pero mas allá del gusto y la emoción que una distinción de esa naturaleza me genera, yo veo un compromiso renovado de seguir trabajando por impulsar los ideales que nos son comunes en ambas universidades. Siempre he creído que la universidad publica representa la mejor opción que tenemos para alcanzar mejores niveles de desarrollo, un desarrollo con mas justicia, con mas equidad, y pienso que es el instrumento de movilidad social mas logrado que hemos podido construir en nuestros países. Si no hubiese habido universidad publica, a mi me resultaría absolutamente impensable mi país, y seguramente otros países, incluido Guatemala.



Evocar nombres tan ilustres como los que usted señala nos permite, en primer lugar, darnos cuenta de que tenemos en nuestras propias raíces, en nuestros propios antecedentes, fuentes de inspiración inagotables; que no necesitamos estar buscando en otras culturas y en otras latitudes motivos o razones para entender a nuestro país, para imaginar a nuestros países en condiciones mucho mejores que las que tenemos actualmente.

Vasconcelos y Caso son dos figuras señeras, ciertamente, de la vida publica de México, de la cultura y de la educación. Su legado trascendió las fronteras de mi país y también contribuyo de manera importante a forjar el espíritu de muchas otras universidades latinoamericanas.

Vasconcelos ha sido el motive de inspiración de nuestra política de difusión cultural. Hemos retomado los principios vasconcelistas de los años veinte y encontramos que tiene una vigencia extraordinaria. Hay una anécdota que al maestro Ignacio Solares le gusta contar y la toma prestada porque la pregunta invita. A principio de los veinte, creo que en el veintiuno, cuando la Revolución Mexicana estaba institucionalizándose —esa revolución social y popular que marcó de una manera tan importante el destino de México y de muchos otros países—, Vasconcelos, que había sido rector y que desde la Rectoría de la Universidad creo la Secretaria de Educación Publica, emprendió



una epopeya formidable para distribuir masivamente libros en todos los pueblos y rancherías de México. Eran libros clásicos, de los griegos y también de otros autores universales que él consideraba fundamentales y que debían ser leídos por todo ser humano. En una de sus giras con el presidente Obregón, uno de los caudillos más importantes y uno de los generales más finos que tuvo la Revolución Mexicana, este le preguntó: —Oye, Vasconcelos, ¿y qué ganarnos con estar repartiendo libros de autores clásicos, cuando la gente lo que necesita es trabajo, comida, tierra, vivienda? Y Vasconcelos respondió: —Señor presidente, lo único que nos va a permitir ser libres y desarrollarnos, son los libros.

Esa visión y la necesidad de encontrar en la cultura y en la educación la verdadera palanca para el desarrollo, sigue teniendo una enorme vigencia en la actualidad.

Antonio Caso es otro personaje formidable. En la década de los treinta se da en la Universidad de México un debate muy importante, que marca de manera clarísima el destino de la Universidad. Antonio Caso, por un lado, defendía la libertad de cátedra y de investigación, frente a otro gran personaje de la vida mexicana, Vicente Lombardo Toledano, quien defendía la educación socialista. Estos debates, muy conocidos, duran muchos meses y concentran la atención del país. Finalmente, el debate lo gana Caso porque su tesis genera un mayor consenso; en la Universidad lo que debe prevalecer es la libertad de cátedra y de investigación. Y no sesgar la ideología de la Universidad hacia; una corriente de pensamiento, independientemente de cual sea esta.

Ahí se definió de una manera muy clara lo que significa la Autonomía universitaria, los maestros pueden llegar a una Universidad como la de San Carlos o como la UNAM, y exponer su cátedra con plena libertad. Lo que necesitan los jóvenes no es escuchar una sola visión del mundo, sino muchas visiones del mundo desde diversas perspectivas, a través de sus maestros que ya tienen formada una visión propia. Este es el elemento fundamental de

una universidad pública, que le permite al estudiante tener una perspectiva amplia, plural, y así poder el mismo, como parte de su proceso formativo, hacer la integración y la decantación que considere más adecuadas a sus condiciones y a sus propósitos. Lo mismo podríamos decir de la investigación, la investigación en la Universidad, a diferencia de la investigación en la empresa y de la investigación industrial, tiene que tener este elemento de absoluta libertad. Claro, tiene que ser pertinente, tiene que ser relevante. Estos conceptos de libertad son fundamentales para entender el papel de la universidad pública.



Así que los dos ejemplos que usted me da no podrían ser mejores. Por un lado Vasconcelos y la extensión de la cultura a todos los sectores de la sociedad: este es el compromiso de la universidad pública. Por otro lado, Caso defendiendo la libertad de cátedra y de investigación; ahí el elemento fundamental para hacer efectiva la Autonomía universitaria.

Señor rector, hace casi diez años escribía usted el capítulo "La participación de la mujer en la vida universitaria" para el libro *La mujer del México de la transición* ¿Cuán decisiva ha sido esta participación en un mundo literalmente dominado por el género macho?

Aquí también nuestra Universidad tiene lecciones formidables y de una gran vigencia. Un personaje muy ligado a la Universidad fue Juana de Asbaje y Ramírez, Sor Juana Inés de la Cruz. Para ingresar a la Universidad, entonces colonial, tuvo que disfrazarse de hombre. Eran los tiempos en que las puertas de la Universidad estaban totalmente cerradas. Yo creo que a partir de Sor Juana, en México, y en particular en la Universidad, se empieza a dar una gran apertura para las mujeres.

Coincido con usted en que nuestras sociedades están todavía muy lejos de alcanzar una verdadera equidad de género. Pero de nueva cuenta, el mecanismo para alcanzarla no son las declaraciones, la retórica, ni siquiera los mecanismos afirmativos que se van dando cada vez más en nuestras sociedades.

Estos mecanismos que privilegian la participación de las mujeres tenemos que verlos solamente como procesos transitorios. No podemos detenerlos ahí. Ya en la UNAM tenemos una mayoría de estudiantes mujeres: cincuenta y dos por ciento del alumnado, y entiendo que aquí en la USAC son casi el cincuenta por ciento.

Tenemos que ver estos procesos con una visión de mediano y de largo plazo. Si alguien piensa que vamos a poder construir una sociedad con equidad de género en el corto plazo por declararlo en los discursos, por ganarnos o granjearnos la simpatía de las mujeres para un proceso electoral, etcétera, pues esta equivocado. Esas son visiones inmediatas que no van a tener, a mi juicio, mayor repercusión. Pero si logramos que las mujeres tengan las mismas



oportunidades que los hombres, y que puedan ejercer los mismos derechos laborales una vez que concluyan sus estudios, entonces si vamos a alcanzar una sociedad con mayor equidad.

Este es el papel, nuevamente, que le toca jugar a nuestras universidades. A mi me da mucho gusto poder decirles que en la UNAM las mujeres no solo son mayoría

sino que son las mejores. Nosotros tenemos un premio que se entrega cada año, que es la medalla Gabino Barreda. Se da en cada Facultad, Escuela e Instituto, en cada una de las carreras, a los mejores alumnos, que han tenido el promedio más sobresaliente. Invariablemente, la proporción de estudiantes mujeres que ganan la medalla en relación con los hombres es de 2.5 a 1. Es decir, por cada medalla que gana un varón, al menos dos mujeres la obtienen. También hemos visto crecer la participación y la autoridad académica de nuestras profesoras y nuestras investigadoras. Para seguir reforzando esto, este año la UNAM instituyó una nueva distinción: la medalla Sor Juana Inés de la Cruz, para que, por elección de los Consejos Técnicos e Internos, la profesora o investigadora más destacada durante el año reciba este reconocimiento explícito de la Universidad al trabajo de las mujeres.

Todavía hay un largo camino por recorrer, pero el antecedente de Sor Juana en la Universidad de México nuevamente nos muestra que ha habido ahí raíces profundas y que es obligación de la Universidad seguir generando condiciones para que las mujeres, primero educadas con estudios superiores y luego insertas en el mercado laboral, puedan realmente empezar a competir en verdadera igualdad de circunstancias. Lo demás es retórica.

Señor Rector: cuando su ilustre compatriota Octavio Paz cumplió ochenta años, me dijo en su casa del Distrito Federal que la modernidad entró en descomposición en la segunda mitad del siglo XX, pues muchos



de sus fundamentos se desvanecieron. Vivimos sobre el abismo, decía el, y añadía que la conjunción entre la técnica y el sistema capitalista, con su afán incontrolado de lucro, es la gran amenaza de nuestra época, ¿Qué opina usted de esto y del abandono creciente que ha sufrido el humanismo?

Como en tantas otras cosas, Octavio Paz resultó visionario. Debo decir que un motivo de mucha satisfacción para la Universidad es que los tres premios Nobel que ha tenido México - Octavio Paz, Alfonso García Robles y, más recientemente, Mario Molina- han pasado por las aulas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Paz es el pensador más importante de México en la segunda mitad del siglo XX, como Alfonso Reyes lo fue de la primera. Son las dos grandes figuras intelectuales, los dos pilares modernos del pensamiento mexicano, con una visión universal, con una honda raíz mexicana e hispanoamericana.

Ahora, lo que Paz señala en esta respuesta es algo que estamos viviendo y por lo que estamos preocupados. Se ha planteado un falso dilema: por un lado, la ciencia y la técnica como motores de desarrollo indiscutibles, disociadas de las humanidades, de la cultura y de los aspectos que tienen que ver más con el espíritu que con el mundo tangible. Aquí, nuevamente, la universidad pública tiene que jugar ese papel ecualizador fundamental. Ciertamente no podemos aspirar a un desarrollo en los tiempos actuales si no tenemos

ciencia propia, si no tenemos tecnología propia. Pero pensar que podemos importar y adoptar todo lo que viene de afuera es un error. "Que inventen otros", fue aquella frase tan desafortunada de Unamuno en una época en que el quizá no estaba en su momento mas brillante. Esto es un gran error. Los países pobres —como Guatemala y como México— tienden a pensar, a veces a través de sus gobernantes, que por ser tan costosas, la ciencia y la tecnología no están a nuestro alcance, y que es mejor que otros países, ricos, se dediquen a producirlas y nosotros simplemente a importarlas. Es un error fundamental, porque la ciencia y la tecnología no se pueden ni siquiera importar si no se tiene una base local, una base nacional de científicos y de tecnólogos capaces de entender los desarrollos y capaces de discriminar los que sirven de los que no. Una estrategia de los países imperialistas ha sido siempre vendernos ciencia y tecnología chatarra, ciencia y tecnología que a ellos ya no les sirven. Y entonces los países que no tienen ciencia propia caen fácilmente en la trampa de importar ciencia y tecnología que están ya rebasadas.



De manera que, por un lado, yo diría: hay que rescatar e impulsar de manera decidida las humanidades y los aspectos sociales del conocimiento y tratar de ponerlos a la par de las disciplinas científicas y tecnológicas. Y hay que procurar avanzar para que nuestros países vayan teniendo un numero mayor de investigadores. Y aquí, otra vez, yo me pregunto: ¿Quién se ocupa de eso en México, si no es la UNAM? ¿Quien se ocupa de eso en Guatemala, si no es la Universidad de San Carlos? ¿Quien se ocupa de eso en América Latina, si no son las universidades publicas?

Tenemos un enorme compromiso. La globalización —años después de esa entrevista que usted sostuvo con Paz— es hoy un fenómeno mucho mas definido, pues va propiciando que se imponga el principio del lucro mayor, que las instituciones educativas se subordinen a las leyes del mercado, que la educación superior se vea solo desde la óptica utilitaria, que formemos recur

Los humanos que únicamente pueden satisfacer los nichos que los mercados laborales van abriendo en momentos que son coyunturales, y que no nos van a resolver el problema de fondo.

Las universidades, las instituciones que se dedican al desarrollo científico y cultural, no pueden subordinarse a las leyes del mercado, no pueden estar sujetas a ese principio del lucro mayor que lo único que esta haciendo es acentuar las disparidades entre los países y las inequidades al interior de estos. Aquí sí hay un principio ético, hay un principio filosófico que debemos defender de manera muy decidida, inteligente y firme. De otra manera, las palabras de Paz, que ya eran una voz de

alarma en aquel tiempo, se pueden convertir en una profecía apocalíptica que sería terrible para países como los nuestros.

El pensador canadiense John Ralston Saul se preguntaba recientemente: "¿Que pensar de médicos que ganan cientos de miles de dólares por año pero cuya lectura anual se compone de dos o tres novelas adocenadas, cuya comprensión política se limita a una visión esquemática del capitalismo contra el socialismo, y que en virtud del sistema clasista interno de su profesión son cada vez mas recompensados y admirados a medida que se estrecha su conocimiento de la medicina? En el siglo XX, los médicos estaban en el centro del cambio político, social y cultural. Hoy, un medico alcanza su cúspide cuando su visión del cuerpo humano se limita concientemente a un solo órgano". Quisiera pedirle, señor Rector, que comente esto, sobre todo a la luz de su ponencia "Sobre el abandono de las letras por los médicos". con la cual participo en 1993 en el coloquio Escritores médicos, medicina y literatura...

Con mucho gusto. Por cierto que la de Saul es una descripción muy acertada de lo que esta pasando en la medicina en algunos países, yo diría que de manera mas señalada en los Estados Unidos, pero quizá por contigüidad, también en algunos sectores médicos de países latinoamericanos. Vivimos una gran contradicción. La medicina norteamericana, con todos los es-

Hay que rescatar e impulsar de manera decidida las humanidades y los aspectos sociales del conocimiento y tratar de ponerlos a la par de las disciplinas científicas y tecnológicas. Y hay que procurar avanzar para que nuestros países vayan teniendo un numero mayor de investigadores

pectaculares alcances científicos que ha logrado, se ha convertido no solo en una actividad fundamentalmente lucrativa sino que, lejos de contribuir a la equidad, ha sido un factor de inequidad porque, al poner el acento en los aspectos estrictamente tecnológicos que tienen enormes ventajas en el tratamiento individual de un paciente, ha abandonado su dimensión social.

En los Estados Unidos, que es el país que dedica una mayor proporción de su producto interno bruto a la salud, tenemos entonces una contradicción muy difícil de aceptar: grandes centros médicos con toda la tecnología de punta, y más de treinta millones de norteamericanos que no tienen acceso a los servicios de salud. Y entre esos treinta millones destacan las "minorías": los ciudadanos norteamericanos de origen diverso, hispanos, asiáticos, negros... De modo que ahí tenemos una gran contradicción: una medicina muy elaborada, muy sofisticada, muy costosa, que puede ser muy efectiva en el caso individual; y un enorme desequilibrio social generado por esa misma orientación exclusivamente lucrativa, diría yo, del ejercicio profesional! del médico.

El rezago social que esto está generando es uno de los problemas más graves —junto con el de las pensiones de los jubilados— que enfrenta hoy internamente, ya no diríamos el modelo prototípico del capitalismo sino el modelo de la hegemonía mundial.

Pero hay una consideración adicional, que en 1993 no podía hacer todavía y que ahora sí puedo a la luz de los acontecimientos históricos: uno de los problemas más graves que enfrentamos, a mi modo de ver, se deriva precisamente del fin de la bipolaridad mundial. Con la caída del muro de Berlín en realidad lo que surgió fue el inicio de la consolidación de la unipolaridad, de la unilateralidad, de la hegemonía de un solo modelo económico, de un solo modelo de desarrollo que beneficia desde luego, de una manera muy importante a quien lo impulsa y a quien lo crea, pero que tiene efectos graves en el resto del mundo...

El modelo neoliberal nos ha mostrado el saldo que hasta ahora deja: el incremento de la cantidad de pobres en prácticamente todos los países. Además está la forma en que hoy se nos exige cumplir a través de los organismos financieros internacionales, que evidentemente obedecen a los mandatos de ese modelo capitalista de desarrollo, con estándares del todo desequilibrados. A países como el nuestro se les exige cumplir con una serie de requisitos de disciplina en el manejo de las finanzas públicas, no exceder ciertos

niveles de déficit interno, etcétera, para que podamos seguir teniendo acceso a prestamos que son fundamentales para nuestros propios programas de desarrollo, Pero por otro lado vemos que esos mandamientos, que en forma casi dogmática se nos obliga a cumplir, no se cumplen en casa. Y el buen juez, por su casa empieza. Si vamos a explorar productos sin subsidio, que sea parejo para todos. Si vamos a manejarnos en un nivel de déficit, con un margen muy pequeño, de forma que no haya endeudamiento, y en consecuencia tampoco un gasto social como el que se requiere, pues que ocurra también en los países en donde se definen estos lineamientos.

Yo me pregunto: ¿Quién se ocupa de eso en México, si no es la UNAM? ¿Quién se ocupa de eso en Guatemala, si no es la Universidad de San Carlos? ¿Quién se ocupa de eso en América Latina, si no son las universidades públicas?

Parte del problema radica hoy día en que se perdió la bipolaridad, que finalmente daba un cierto equilibrio -independientemente de los problemas que uno u otro modelo tenían. Lo que hoy estamos viviendo es un mundo que si esta globalizado pero que esta, digamos, orientado unilateralmente.

La reciente guerra en Irak nos muestra como esto va teniendo expresiones no solo en la política, sino en la diplomacia y en la política internacional. Decisiones unilaterales que pasan por alto a los organismos multilaterales que tanto trabajo costo a los seres humanos construir, ahora los dejan en una posición debilitada. Por eso me parece que fue muy significativa la declaración que hicimos los rectores de las macrouiversidades —el rector de la Universidad San Carlos encabezándola junto con unos colegas—, en contra no solo de la guerra en Irak, sino sobre todo en contra de las acciones unilaterales. Es decir, no podemos seguir avanzando hacia la globalización —que por otro lado es, a mi juicio, ineludible— teniendo como pauta de comportamiento fundamental la toma de decisiones unilaterales. Esto nos va a meter en una serie de conflictos muy graves en los próximos años. Y aquí también veo el papel de las universidades publicas en nuestros países: deben ser las defensoras de esos principales de pluralidad, de esos principios de participación, que por cierto si son los que norman nuestra vida interna. Y entonces, por ello, tenemos autoridad para hablar en voz alta y expresar nuestros puntos de vista.

Dos cuestiones finales, señor Rector: hace trece años publicaba usted "Las moléculas de la melancolía" en la revista Universidad de México. Aunque parece el título de un libro de poemas, ¿Quisiera decirnos de que trata realmente? Y por último: hace medio siglo o un poco más, Luis Cardoza y Aragón y Augusto Monterroso recibían el Asilo generoso de la República Mexicana, en general, y el asilo generoso, en particular, de la Universidad Nacional Autónoma de México. Ahora que ambos ya se volvieron, tal vez, personajes de Juan Rulfo, ¿todavía resuenan sus nombres en los pasillos de la UNAM?

Sin duda. Empiezo por esta segunda parte. Luis Cardoza y Aragón y Tito Monterroso —junto con otros guatemaltecos muy distinguidos— representan para el mundo hispanoamericano lo que yo podría considerar como los arquetipos mejor acabados de lo que nuestra cultura es capaz de generar, por sus raíces, por su entorno y por ese talento natural que tienen nuestros pueblos. Quizá nosotros no tenemos tantos recursos como otros países, pero no tenemos menos neuronas. Cardoza y Aragón y Monterroso lo muestran de una manera contundente, y aquí lo ligo un poco con aquel artículo sobre "Las moléculas de la melancolía".

Por otra parte, me siento muy orgulloso como mexicano y como universitario de que personajes como Cardoza y Aragón y Monterroso hayan encontrado asilo en México. México ha sido un país de asilo. Y precisamente la UNAM habrá de inaugurar próximamente la cátedra que lleva ese nombre: *México: país de asilo*. Por mi lado me alegra que este haya sido un rasgo distintivo de mi país y que mi Universidad haya jugado un papel fundamental en hacerlo efectivo al abrirles las puertas. Porque, si bien es cierto que esta generosidad ha permitido que muchos talentos como ellos puedan proyectarse universalmente y poner en alto nuestra cultura y nuestros valores, otro tanto ocurre con lo mucho que ellos le dieron a México. Yo creo que hay una actitud colectiva más redituable que la de darse. Lo que México ha ganado por esta política de apertura ha sido incalculable para los intelectuales, para los científicos, para los profesionales o, simplemente, para los disidentes que no encuentran en sus países el margen de libertad necesario para expresar sus ideas. Lo que esto ha representado para México no tendría yo manera de estimarlo, ciertamente, si estuviera dando este argumento en Davós, probablemente se me abuchearía porque no puedo sustentarlo con cifras macroeconómicas, en millones de dólares o de euros, pero si puedo plantear en términos subjetivos, en términos espirituales, en términos culturales, lo que han representado estas figuras para el desarrollo de mi propio país, que los acogió.

En el Exilio español del 39, México pudo mostrarle al mundo lo extraordinariamente importante que era tener una política de puertas abiertas. Un injerto intelectual y cultural como el que recibí entonces de los españoles "transterrados" cambio de manera definitiva el rumbo del país: en todas las ramas del conocimiento llegaron españoles perseguidos que encontraron en México la posibilidad de continuar sus vidas, con firmeza en sus convicciones, y que le dieron a nuestro país una dimensión totalmente diferente. México, en el ámbito cultural, es uno hasta 1939 y otro después de 1939. Y aquí yo destacaría que, entre esos miles de exiliados que llegaron, hubo siete rectores de la República Española, que hoy están enterrados en México. Todos ellos fueron acogidos en la UNAM y en El Colegio de México.

Sin duda, Tito Monterroso y Luis Cardoza y Aragón, quienes encontraron en México las condiciones propicias para poder desarrollarse de una manera integral, se suman de manera muy distinguida a esa lista de personajes esenciales de nuestra cultura y de nuestro tiempo. Pero también puedo decir que si hubieran encontrado en Guatemala condiciones favorables en su momento, no me cabe la menor duda que su obra habría sido tanto o más trascendente que la que pudieron hacer en México, porque el talento lo llevaban dentro. Lo que necesitaban era un entorno propicio para poder desarrollarlo.

Yo tuve una relación muy cercana con Tito Monterroso. Sigo encontrando en sus fábulas una fuente de inspiración inagotable, y es probablemente uno de los autores que más me gusta citar porque hay en él tanta sabiduría, tanta capacidad para penetrar en los aspectos profundos de la naturaleza humana, que me brinda siempre un apoyo extraordinario para expresar por otro lado conceptos importantes que tienen que ver con la parte afectiva, con la parte subjetiva, y que cuesta mucho trabajo describir, por ejemplo, en la sobriedad de un discurso. Esto es, con un lenguaje elegante, compacto, amable e irónico nos permite encontrar en sus fábulas la forma de transmitir conceptos e ideas que de otra manera se muestran muy complejos.

"Las moléculas de la melancolía" obedece a dos razones: una, que a pesar de haberme formado en el área científica siempre he tenido un interés personal por la literatura y por otros aspectos menos científicos. Tenía la necesidad de expresar, en ese artículo al que usted hace referencia, que no hay razón para esta visión de las dos culturas como mundos opuestos. Yo creo que debemos superar esta idea. Las dos culturas que marcaron de alguna manera muy trascendente el desarrollo de la ciencia por un lado, y de las humanidades

por otro lado, es un artificio. El conocimiento tiene que ser, es, mucho mas integral. Y de hecho hay un gran paralelismo entre la creación artística y la creación científica. Entonces, en ese artículo, lo que trate de mostrar es que para una sensación tan sutil, tan subjetiva, tan profunda, como es la melancolia, puede haber un substrato molecular que no debemos perder de vista como sustrato biológico. Que debemos entender de una manera mucho mas completa las expresiones conductuales y sociales de un estado de animo por el que todos hemos transitado alguna vez.

Ciudad de Guatemala, 6 de junio de 2003